

esta segunda prueba sucediese otra tercera? No, el Dios grande, inmutable, eterno, infinito, ha fijado el tiempo del alvedrío del hombre, y no lo someterá á pruebas indefinidas: ha dispuesto que si su criatura hace buen uso del tiempo que le concede para merecer, sea recibida en su seno gozando en él de una felicidad eterna; y que si abusa del don precioso de su libertad, caiga en el abismo de los tormentos sin fin y sin medida: todo lo de Dios excede á nuestros pensamientos y está más allá de lo que nuestro espíritu imagina, y de lo que es capaz de abarcar nuestra inteligencia. Dios debe, pues es Dios, ser eterno en sus recompensas y eterno en sus castigos. ¿Qué lección más provechosa podremos sacar de nuestra inteligencia que someternos á la inteligencia suprema, autora de nuestro entendimiento? ¿Dónde encontraremos reglas ciertas de sabiduría para juzgar como árbitros de lo que el Señor debe hacer, y de los límites que debe poner á sus obras y á sus decretos!

Voy á terminar citando, no ya las divinas Escrituras, sino una autoridad tan diversa que causará admiración verla aquí estampada, y que no obstante es digna de ello: tanto así se acerca al testimonio de un pagano, á la doctrina de la fe. Platon, dice en sus libros, dirijiéndose á un jóven arrebatado por el torrente de los desórdenes del mundo: “Persuadido yo de estas razones, haré todo esfuerzo para ponerme en estado de comparecer ante el juez supremo con una alma sana y virtuosa; nada omitiré no ya para parecer virtuoso, sino para serlo en efecto: porque no hay cosa más grande ni más importante para el hombre, que luchar contra sus pasiones, vencerlas, y hacerse digno de escuchar una sentencia favorable cuando llegue el día de la justicia. A tí, oh Calicles, añade, te reprendo altamente porque

no tomas precaución ninguna para comparecer con confianza ante el que decidirá eternamente de tu suerte. Cuando este juez supremo te tome con su mano poderosa, y te lleve á su tribunal, se apoderarán de tí el vértigo, el terror y la desesperación.” Concluyamos pues, con este sabio pagano, que es mejor sufrir la injusticia que cometerla; y que el gran negocio del hombre es practicar en la tierra las obras buenas necesarias para conseguir una sentencia eterna favorable. Acordémonos, que Jesucristo decia á los habitantes de Corazain y Betsayda; que Tiro y Sidon se levantarán contra ellos el día del juicio; ¿cómo se levantarán Sócrates, Platon y otros filósofos paganos, contra nuestros filósofos modernos, quienes despreciando estas verdades, olvidaron del toda la salvación de sus almas, se resolvieron á perecer; y arrastraron consigo á tantos otros por su infernal amor á la impiedad y al pecado? Sepárenos de los que se han dejado conducir por caminos tan extraviados, y volvámonos á nuestro Dios y Señor; seamos más sabios y prudentes que los paganos, y tomemos de los sagrados libros y de la creencia universal de la Iglesia, la ciencia divina, que nos conduce á la eterna bienaventuranza.”

Discursos morales de Mac-carthy.

XXVIII.

Dice el incrédulo:

**DIOS ES MUY BUENO Y NO ME
CONDENARA.**

Respuesta.—Dios es tan bueno que no os condenará, *vos mismo* sois quien os condenareis.

Dios no es la causa del infierno, supuesto que no es la causa del pecado que es el que ha producido el infierno.

¿Pues por qué *permite* el pecado? Porque habiendooos dado el mayor de todos los dones la *inteligencia* que os hace semejante á él, y habiendo preparado una felicidad *eterna*, no era conveniente que os tratase como á los brutos que careciendo de inteligencia están limitados á la tierra únicamente.

No convenia que fueseis obligado á recibir los dones de Dios; sino que era necesario que usaseis de vuestra inteligencia para aceptar libremente y para adquirir por vos mismo el tesoro de la eterna bienaventuranza.

He aquí porque Dios nos ha dado junto con la inteligencia, la *libertad moral*, es decir la facultad de elejir á nuestro arbitrio el bien ó el mal, de seguir ó no, la voz de nuestro buen Padre que nos llama á sí.

Esta libertad es la muestra mas grande de honor y de amor que podíamos recibir de Dios.

Si abusamos de ella, á nosotros debemos inculparnos y no á él.

¿No es una prueba de mi amor hácia vos, daros una arma para que defendais vuestra vida? ¿Y si contra mi voluntad, y á pesar de las advertencias y reflexiones que os hago para que os sirvais bien de ella, la convertís contra vos mismo, seré yo la causa de que os hagais una herida? ¿No se debe imputar á vos únicamente?

Pues esto es lo que hace con nosotros nuestro buen Dios. Nos da la libertad para que

obremos bien ó mal; pero no nos desatiende ni un instante para inclinarnos al bien. Instrucciones, advertencias, invitaciones tiernas, amenazas terribles, nada desprecia. Nos colma de gracias; nos prodiga auxilios; pero no nos *obliga* porque esto seria destruir su obra.

Respetá en nosotros los dones que nos ha hecho. El réprobo es pues quien *se pierde*; no es Dios quien lo condena, él es *quien se condena* á sí mismo.

Dios no da á cada persona mas que lo que ella elige libremente, la vida ó la muerte; el paraíso fruto de la virtud; ó el infierno fruto del pecado.

Decir que “Dios es muy bueno y que no me condenará” es discurrir como un hombre que entró, cierto dia, á la casa de Diligencias, en París, pidiendo un asiento para ir á Lila (norte de Francia). En consecuencia se le mostró el coche de Lila.

Estaba allí cerca otro, casi igual, pero mas cómodo, y montó en él.

Este carruaje era el de Tolosa (ciudad del Mediodia, diametralmente opuesta á Lila).

El administrador que lo estaba mirando, advertido de su error, se lo hizo notar: “Creo que os engañais, le dijo. ¿No quereis ir á Lila?”

—Sin duda.

—Pues, caballero, no estais en el coche de Lila, sino en el de Tolosa.

—En verdad. ¿Pero no llegaré de todas maneras á Lila?

—Cómo! á Lila? Llegareis á Tolosa, si tomáis el camino de Tolosa.

—Vamos, dijo el viajero, no lo creo. Este carruaje es casi igual al otro, y de mejores movimientos, y además la administración es bastante honrada para pegarme el chasco de hacerme ir adonde no quiero. Me quedo, pues, en este coche que es bastante agradable; porque tengo en él buena compañía; dejárame en paz, y vereis como llego mañana en la tarde á Lila.”

En estos altercados, llegó la hora de partir, salió el coche y al día siguiente llegó el viajero... á Tolosa.

Era imposible que no fuese así. Pues lo mismo sucede con el viaje de esta vida; hay dos caminos, el de la virtud y el del vicio. El segundo es algunas veces mas seductor, mas halagüeño que el primero, especialmente al principio; pero el uno conduce al infierno, donde la dulzura se convierte en amargura; el otro al paraíso donde el trabajo se cambia en inefable reposo.

Para ir al paraíso, es necesario tomar su camino.

Si tomáis el del infierno, estad tan seguro de que llegareis á él, como el ridículo viajero lo estaba de llegar á Tolosa.

El sacerdote cristiano, es el guía caritativo que trata de advertir vuestro error. ¡Cuántos hay que no lo escuchan, como el viajero que no escuchó al empleado de la casa de Diligencias! ¡Y cuántos se pierden por no haberle escuchado!

Dice el incrédulo:

Lo que entra en el cuerpo no mancha el alma. Dios no me ha de condenar por un pedazo de carne que no es mas dañosa los dias de vigilia que los demas.

Respuesta.—Teneis razon. No es la carne la que condena, ni es mas dañosa en un dia que en otro.

Lo que condena es la desobediencia con que se comé carne.

Lo dañoso en los dias de vigilia, es la violación de una ley que no rige en los demas; la resistencia á la autoridad legitima de los pastores, á quienes debemos obedecer todos como á AQUEL que los envió: “Id que yo os envío: Quien os escuche me escucha; quien os desprecie me desprecia.”

No se trata ahora de la carne, de los dias, ni del estómago; se trata del corazón que peca no queriendo someterse á un mandamiento obligatorio y fácil.

Ademas del motivo grande y general que hay para observar todas las leyes de la Iglesia, podemos añadir que esas leyes no se han hecho por casualidad, ni por capricho, sino que se fundan en sabias é importantísimas razones.

Así es que la ley de la abstinencia, cuya práctica es frecuente, está destinada á recordar incesantemente á los cristianos la pasión, los

tormentos, y la muerte del Salvador, como tambien la necesidad de la penitencia. Viene á ser el ejercicio *público* de la penitencia entre los cristianos, &c.

Solo un hombre ignorante ó superficial puede mirar como inútil tal institución. Apenas se concibe, en la práctica, cuanto influye en el alma la observancia, no mas de los dias de vigilia, para que no abandone las ideas religiosas.

Las leyes de la Iglesia á pesar de que obligan bajo pena de pecado, están muy lejos de ser duras y tiránicas. La Iglesia es una madre y no una madrastra imperiosa. Baste que *por un motivo grave* no podais comer de vigilia, para que por esto mismo estéis dispensado. Las enfermedades, la debilidad de temperamento, la mucha fatiga del trabajo, la pobreza, la dificultad grande en procurarse los alimentos de vigilia, son causas que dispensan de ella.

Para no engañarse, siempre será bueno consultar al párroco ó al confesor, intérprete de la ley.

Esta observacion, que se extiende á todas las leyes de la Iglesia, prueba cuan sabia y moderada es la autoridad que las dicta. Respetémosla, pues, con todo nuestro corazon; dejemos reir á los que no entienden nada de esto, y cumplamos sin murmurar mandamientos tan suaves, tan sabios y tan útiles á las almas.

XXX.

Dice el incrédulo:

Dios no necesita de mis oraciones. El sabe muy bien lo que he menester sin que se lo pida.

Respuesta.—Teneis razon, pero seriais un culpable en dispensaros por esto de la práctica de la oracion.

Cierto es que Dios no necesita vuestras oraciones y homenages, que en nada cambian su bienaventuranza inmutable. . . . Pero os exige esos homenages, esa adoracion, esas acciones de gracias, esas súplicas, porque se las debeis como criatura é hijo que sois de él.

Como autor de vuestro pensamiento, tiene derecho á él, y quiere que se lo dirijais, así como tambien tiene derecho al amor de ese corazon, que os dió para que amándole lo reconozcais libremente. Que Dios sabe todas vuestras necesidades, es muy cierto; mas no se las exponeis para que las conozca, sino para que no perdais de vista vuestra incapacidad sin sus auxilios, y para que recordeis continuamente vuestra dependencia del Criador.

La oracion no se dispuso para él sino *para vos*. Desde luego quiere que oreis porque es justo que adoreis á vuestro Dios, que penseis en aquel que continuamente piensa en vos, que ameis á aquel que es el bien supremo y vues-

tro excelente bienhechor; y en fin porque es bueno, útil y aun necesario que oreis.

¡Qué cosa mas grande, mas dulce, mas sencilla y mas fácil que la oracion!

Ella es la ocupacion mas noble del hombre en esta vida; la que ennoblece, exalta y hace dignas de un sér racional todas nuestras ocupaciones.

Es el pensamiento humano fijándose en Dios como su objeto más digno.

Es el corazon uniéndose al Dios de infinita bondad, de infinita perfeccion, de infinito amor, único que puede saciarlo plenamente.

Es el niño que habla con su amante padre.

Es el amigo que conversa familiarmente con su amigo.

Es el culpable perdonado que con ternura da gracias á su Salvador; es el pecador flaco y enfermo que pide misericordia al Dios que ha dicho: "Nunca despediré al que se allegue á mí."

La oracion es el consuelo de todas nuestras penas. Es el tesoro de nuestra íntima felicidad, tesoro que nadie puede arrebatarlos, porque la oracion está en nosotros, en nuestra persona, nosotros mismos pensando en Dios y amando á Dios.

Sucedo en la oracion, lo que con el amor de Dios: es una cosa tan agradable que el mismo Dios al imponernos esta obligacion, no ha hecho mas de mandarnos que seamos felices.

Jesucristo que vino al mundo para que lo fuéramos, haciéndonos buenos, nada nos recomienda tanto como la oracion: "*Orad continuamente, dice, y nunca desmayeis.*" Esto es,

acostumbrad vuestra alma á pensar en Dios y en amarlo sobre todas las cosas. La oracion es lo esencial de la vida cristiana. Orad pues, y con un corazon recto, no oreis solo con los lábios sino con lo mas profundo de vuestra alma; sed fiel, desde que el dia comienza hasta que acaba, en tributar á Dios vuestro homenaje filial (1).

Orad en vuestras penas; en vuestros peligros; en vuestras tentaciones. Orad despues de vuestras faltas para obtener el perdon de ellas. Orad en las principales circunstancias de vuestra vida.

Alternad la oracion en vuestras acciones cotidianas, que con ella nada es pequeño á los ojos de Dios; con ella nada es perdido en el Paraiso. Vuestro corazon estará en paz, y en medio de las miserias de la vida, gozareis esa alegría interior que endulza los pesares, y cuando termine el tiempo de vuestra prueba recogeréis el fruto de vuestra felicidad.

"Siervo bueno y fiel, os dirá Jesucristo, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho. . . . Entra en el gozo de tu Señor." [S. Mat. cap. 25].

[1] Nada aguardeis, decia S. Vicente de Paul, del hombre que no reza al acostarse y levantarse."

XXXI.

Dice el incrédulo:

ORO Y NADA CONSIGO. PIERDO MI TIEMPO.

Respuesta.—¿Perdió su tiempo Santa Mónica, madre de San Agustín, cuando al cabo de seis años de oraciones y de lágrimas, consiguió del Señor lo que por tanto tiempo le pidió: la conversión de su hijo?

¿Perdió su tiempo San Francisco de Sales, cuando trabajó durante veinte años para adquirir la mansedumbre?

La perseverancia en pedir es una de las principales cualidades de la oración. No dejemos nunca de orar, porque Nuestro Señor parece hacerse sordo porque gusta de vernos clamar á él mas y mas. Se oculta para hacernos sentir mas su ausencia, para que de esta manera sepamos apreciar mas la dulce suavidad de su presencia. Acordémonos de la promesa del divino Maestro: "Buscad y ENCONTRAREIS." Sí, oremos y encontraremos con toda seguridad. Mas no tenemos esta seguridad de encontrar en el *acto*. Santa Mónica, la mujer de la fé y de la perseverancia, no encontró sino al cabo de seis años, y á esta su imperturbable constancia debió su santificación. La Cananea del Evangelio no obtuvo la vida de su hijo sino despues de tres instancias, y esta tardanza tan cruel, para un corazón de madre, fué la prueba y el triunfo de su fé.—

No nos cansemos de orar. Quizá el momento, en que el desaliento nos obliga á suspender nuestro ruego, es aquel en que la bondad divina va á escuchar favorablemente nuestra súplica.

XXXII.

Dice el incrédulo:

¿QUE HE HECHO YO A DIOS PARA QUE ME ENVIE TANTO MAL?

Respuesta.—Hombre de poca fé, que no estás al tanto de los designios de Dios cuando te visita por medio del sufrimiento, nunca le digas "¿Qué te he hecho, para que me hagas sufrir tanto?"

¿Casi siempre podria reducirte al silencio desarrrollando á tus ojos espantados, una dilatada y afrentosa serie de faltas, que solo tu indiferencia religiosa es capaz de ocultar á tu vista así como las penas eternas del infierno que por esas faltas mas de cien veces has merecido!

Siempre podria ese Dios, á quien insultas, responderte, recordándote las terribles penas del purgatorio, que NADIE, NADIE es santo á sus purísimos ojos y que los cortos padecimientos de la vida presente son muy poca cosa, comparados con las expiaciones de la futura.

Siempre, por último, podria responderte mostrándote su Paraiso, su pesebre, su cruz, que tu peregrinacion en este mundo no es mas que una prueba pasajera; que él, el primero, te ha dado ejemplo de paciencia, para que por

el santo uso del sufrimiento, santifiques tu alma y acumules sobre tí una inmensa gloria en la eternidad. Yo te recordaria aquellos oráculos salidos de sus lábios divinos:

“En verdad, en verdad, os digo, vosotros llorareis y sufrireis, mientras el mundo se regocijará. Mas vuestra tristèza se convertirá en gozo. La muger que está de parto, sufre y gime cuando llega su hora; mas cuando ha parido, olvida pronto sus sufrimientos, á causa del hijo que dió á luz!”

“Al presente, vosotros tambien llorais; pero vendrá tiempo en que vuestro corazon abundará en alegría, y nadie turbará vuestra felicidad!...”

Quien quiera que seais, justo ó pecador, comprended el adorable misterio del dolor, él es la mas íntima visita de Dios, el don mas precioso de su misericordia, el último esfuerzo de su amor. Este Dios de bondad no encontró otra cosa mas excelente que dar á su unigénito JESUS; á MARÍA su esposa, su madre, su criatura muy amada; á sus Santos, á sus martires, á todos sus amigos!.... Si sufrís con Jesucristo sereis coronados con él. Por el camino de la Cruz se llega á la Gloria!

Dice el incredulo:

¿Para qué rezar á la Santísima Virgen y á los Santos? ¿Cómo pueden oirnos?

Respuesta.—¿Cómo podeis vos oirme?

— ¡Vaya! con mis oidos.

— Ya lo sé, no es eso lo que os pregunto.—

Lo que quiero que me digais es: ¿cómo podeis escuchar con vuestros oidos?

Muevo mis labios, estos agitan un poco de aire; este aire entra en vuestro oido, y se detiene en un pequeño hueso cubierto de piel llamado tímpano.... Y hé aquí que ois lo que yo os digo!

¿Cómo sucede esto? ¿Qué relacion hay entre este poco de aire, que hiere el tímpano, y mi pensamiento que se manifiesta á vuestra alma?—Si no presenciásemos diariamente estos hechos, no los creeriamos. Y sin embargo, nada es mas cierto que esto.

Pues bien, luego que me expliqueis de qué manera estando á dos pasos de distancia de mí, podeis escucharme y poneros en relacion conmigo, cuando os hablo; os explicaré yo tambien como la Santísima Virgen y los Santos que están en el cielo, pueden escuchar mis súplicas, y corresponder á ellas.

El mismo Dios que hace que me escuchéis, hace tambien que ellos me escuchen cuando les suplico que intercedan por mí ante él.

Poco me importa saber como hace Dios es-

to, lo único que sé es que lo hace; que él es quien dá á conocer á la Reina de los ángeles y de los hombres, á la única á quien ha elevado entre todas las criaturas á la excelsa dignidad de MADRE SUYA, á la que en su muerte de cruz, nos dejó de Madre, de abogada y protectora, á esta Virgen Santísima es á quien repito, da á conocer las súplicas, las necesidades de sus hijos que se acojen á su proteccion maternal, escuchando constantemente á la que ama mas que á ninguna de sus criaturas aproximándose á nosotros por medio de ella, como lo hizo en otro tiempo, en el dia de su Encarnacion. El medio, pues, mas eficaz de llegar á Jesus, es ir á María, que nos presenta delante de su Hijo y de nuestro Dios, ocultando nuestra indignidad y falta de disposicion con su amparo.

Nada hay mas dulce, mas suave, ni mas consolador, que amar á la Santísima Virgen, confiarle nuestras penas, y ofrecerle nuestro corazon.

Su devocion nos hace buenos, castos, puros, mansos y humildes; nos hace amar la oracion y nos da la alegría y la paz del alma...

Amado á María, no hacemos mas que imitar, aunque de una manera muy imperfecta, al mismo Jesus nuestro Salvador.

El fué el primero que amó sobre todas las criaturas á su divina Madre tan Santa y tan buena, quien la rindió todo género de honores, de deberes y de obediencia.

Y como El ha dicho la víspera de su muerte: "Os doy ejemplo, á fin de que hagáis cuanto yo he hecho" he de amar á la Santísi-

ma Virgen María, á quien El amó tan perfectamente; y solo me queda el sentimiento de no tener un corazon como el de Jesus para amarla como merece ser amada.

Lo que se dice aquí de la devocion á la Santísima Virgen, se aplica tambien, en debida proporcion, á los santos.

Los santos no son la madre de Dios, pero son sus amigos fidelísimos, sus mas caros hijos.

Los ama como merecen, mucho mas que á nosotros que valemos tan poco.

Al suplicar á estos santos y bienaventurados hermanos nuestros, que rueguen por nosotros, hacemos una cosa muy natural. Obramos como un niño desobediente que suplica á un hermano virtuoso que le impetre de su padre un favor, una gracia. Lo que este negaria al uno se lo concede al otro.

No es este el lugar oportuno de tratar sobre el culto de la Santísima Virgen y de los santos.

Pero sí lo es de decir, que el encono contra el expresado culto, ha sido siempre el carácter universal de todas las heregías, de todas las insurrecciones religiosas; que no se puede abandonar á María, sin dejar tambien á Jesus: y que es imposible ser mejor disminuyendo su culto.

Es necesario tambien manifestar, cuán dignos de lástima son los pobres protestantes que no conocen ni aman á su MADRE!... que no se acojen á la que Jesucristo ha elegido, ha amado y unido inseparablemente al misterio de su Encarnacion, de su nacimiento y de su infancia, á su vida privada y pública, al misterio de su pasion y de nuestra redencion; á

quien ha asociado tambien en el cielo á los adorables misterios de su gloria y de su reino.

Deben estremecerse cuando al echar una mirada sobre todos los siglos cristianos, no encuentren uno solo que no condene su silencio, y que no haya realizado la profesion de la misma Virgen: *Me tendrán por dichosa y feliz todas las generaciones.* (San Luc. cap. 1.)

¡Cuánta emulacion hay para celebrar y honrar á la Madre, entre los pueblos que han conocido y adorado al Hijo! En ninguna parte se mira á ese Cristo solitario soñado por Lutero, Calvino y otros, sino á Cristo tal como se mostró á los ojos de los profetas, tal como aparece en el evangelio, el Hijo de la Virgen, formado de su carne y de su sangre, llevado largo tiempo en su seno, y en sus brazos, que llenó por el espacio de treinta años para con ella, los deberes de un hijo humildísimo, que espiró á su vista, y que, por último, reposó en sus brazos antes de pasar de la cruz al sepulcro....

¡Pregunten estos hijos sin madre, estos hijos desnaturalizados que desprecian á María, pregunten á todas las generaciones cristianas! ¡No encontrarán una sola lengua entre los mas grandes cristianos, desde los primeros sucesores de Pedro hasta Pio IX, desde los Ignacios, los Irineos, los Epifanios, los Cirilos, los Ambrosios, los Agustinos hasta Bossuet y Fenelon, que no hubiese entonado himnos de alabanzas á María; ningun ingenio insigne en las ciencias, en la literatura, ni en las bellas artes que no le haya consagrado alguna de sus tareas!

Extraños á este amor los pobres protestantes, que no admiten á María ¡no abrirán los ojos, y no se preguntarán por fin á sí mismos, si la verdadera familia, si la verdadera Iglesia de Jesucristo es aquella en que su Santísima Madre es tan filialmente amada y honrada?

XXXIV.

Dice el incrédulo:

¿POR QUE NO HAY YA MILAGROS?

Respuesta.—Un milagro es un hecho sensible que sobrepuja evidentemente las fuerzas de la naturaleza.

Es una cosa que solo Dios puede hacer, y que manifiesta que interviene de un modo extraordinario en las cosas del mundo.

“¿Por qué no hay ya milagros? preguntais.

A esto doy dos respuestas:

1.º Que los hay todavía, y muchos. 2.º Que es muy natural, sean menos que los que hubo en los primeros siglos del cristianismo.

1.º *Los hay todavía.*

Yo que os hablo en este libro, puedo aseguraros que los he visto, y que conozco multitud de personas en quienes se han obrado *milagros auténticos*, tales como la curacion instantánea de enfermedades que no tenian ya remedio.

Os citaré un hecho que anda en boca de todos.

Un inglés protestante que se hallaba en Roma, en el pontificado de Benedicto XIV, pla-